

porque es una señora de mucha vitalidad. Pero los géneros que ya están bien muertos y sepultados, hay que dejarlos en paz reposar en el Señor. Sacarlos de sus tumbas es necrofilia y eso se castiga penalmente.

23 de octubre de 1966

#### VIDA Y MUERTE DE GURROLA EL GRANDE

En las postrimerías del siglo XIX, un actor italiano llamado Andrea Maggi estrenó en México la obra cumbre (para su época) de Ibsen, *Espectros*, pero Osvaldo no aparecía en escena bailando con su madre un *cake-walk*, que era el baile que enloquecía a las adolescentes de caireles y abanicos. En 1928, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia crearon el teatro de Ulises y presentaron las obras de O'Neill, pero *Electra*, a pesar de que le sentaba bien el luto, no salía al escenario bailando un desaforado charleston. En cambio, en 1967, los bailes a *go go* no sólo se han adueñado de la mente de los jóvenes, sino del vestuario, de las costumbres, del medio ambiente en general, en el que se incluye el teatro. No se concibe ya una puesta en escena de cualquier género teatral donde no aparezca una docena de apetitosas y encantadoras adolescentes, ataviadas con suéteres multicolores, pantalones ajustados a la cadera o enloquecedoras minifaldas, botas blancas y cabello lacio cayendo en grandes cantidades sobre el rostro, a bailar, a brincar mejor dicho a *go go*. Lo mismo da que sea una obra de Tirso de Molina o una de Héctor Ortega, los "venerables" siglos no importan, ni el prestigio de los autores a quienes todavía hace un año se les consideraba unos señores pesadísimos que se sentían los intocables por ser "clásicos". Todo puede, todo debe transferirse a la época "gogoísta", para tener oportunidad de meter al escenario un conjunto musical, bellas muchachitas, y muchachitos también bellos con cabelleras a lo hombre primitivo. Tirso, Marlowe, Shakespeare, Lope y ahora Fielding, son chicos a *go go*, y a todos, excepto a unos contados cronistas

que están “fuera de órbita”, nos parece muy bien, y aplaudimos, y nos reímos y nos babeamos con las adolescentes.

Juan José Gurrola forma parte del glorioso triunvirato que gobierna el teatro nuevo, junto con Héctor Mendoza y José Luis Ibáñez. Mendoza se cubrió de gloria con su hazaña realizada con el *Don Gil de las calzas verdes*, el mejor espectáculo presentado en el ya casi agonizante 1966; Ibáñez luchó desesperadamente por superar a su amigo, pero no lo consiguió y su *Gatomaquia* resultó solamente “mona”. Y ahora Gurrola, el más rebelde de esta trinidad teatral, lleva el nuevo género “gogoísta” hasta los límites, hasta la locura por agotamiento, hasta su clímax. *La tragedia de las tragedias* o *Vida y muerte de Pulgarcito el Grande*, comedia de Henry Fielding, escritor inglés del siglo XVIII, marca, a mi modo de ver, el principio del fin en esta por desgracia muy breve etapa del teatro mexicano. Nunca niego las posibilidades, y ojalá me equivoque y Héctor Mendoza, o Ibáñez, o el mismo Gurrola, puedan llegar más lejos, pero es difícil. Gurrola ha llegado a la cima de la montaña que comenzó a escalar hace algunos años con *La piel de nuestros dientes* y *Despertar de primavera*. Necesita, por tanto, buscar otra montaña y comenzar a subirla nuevamente, pues de continuar subiendo la misma, no encontrará ya en qué apoyarse y rodará irremisiblemente. Ya se nota cierta pérdida de equilibrio en este *Pulgarcito*, sobre todo en el segundo acto, donde la dirección se cae por momentos, le falta la fuerza y el empuje del primero y tercer actos, y en otros momentos se enloquece a tal punto que el espectáculo teatral se convierte en un circo de tres pistas donde el espectador no sabe a dónde mirar y por ver las focas pierde el número de los leones y el de los payasos.

Mendoza, Ibáñez y Gurrola deberían patentar el teatro *a go go*, para evitar que sus discípulos, seguidores o simples imitadores, quieran hacer algo semejante. Para intentar siquiera este género, se necesita talento, entusiasmo, conocimientos profundos de lo *go go*, de lo *snoob*, de lo *camp* y de ciencia ficción. Cualquier otro joven que quiera montar un espectáculo similar, debe primero ofrecer una función privada ante el triunvirato mencionado, a la que se invitará a Alexandro, y entre los cuatro, como los esbirros de Peredito, dar o no el *imprimatur*.

Se ha criticado —entre otras muchas cosas— a estos espectáculos, por contar siempre con actores imprevistos, inexpertos, que no saben proyectar la voz, ni matizar, que aún les falta mucho para llegar a ser actores. Y es cierto, pero no hay que olvidar que tienen el factor primordial para interpretar este tipo de teatro: juventud. ¿Puede alguien imaginar, ni siquiera en una noche de mala digestión, a Pepe Gálvez, o a Rambal, o a López Tarso, o a Ofelia, o a la Douglas, ataviados con suéteres, pantalones metidos con calzador, pelucas a lo Beattle, botas blancas, y bailando *a go go*? Este ritmo, este movimiento mundial, pertenece exclusivamente a los adolescentes; no es como el *cake-walk*, o la polca, o el *one-step*, o el fox, o el chárleston, o el *swing*, o el *bugui-bugui*, y hasta el mismo *rock* y *twist*, que lo mismo podían ser bailados por jóvenes que por adultos. Los bailes *a go go* sólo pueden bailarlos los adolescentes; cuando un adulto quiere hacerlo, no sólo se cubre del más viscoso ridículo, sino que dan ganas de llamar al Pingüino, enemigo mortal de Batman, para que le propine unos buenos paraguazos.

Tengan cuidado, pues, los miembros del triunvirato —ya no tan jóvenes después de todo— para que no acaben por exceso con una de las modas o etapas, o movimientos juveniles, más hermosos que ha habido desde las danzas alrededor del fuego antes de irse a cazar mamuts.

6 de noviembre de 1966

#### FOLKLORE SIN CONCESIONES

Hace algunos años ya que de cuando en cuando se presentan diversos espectáculos en el Convento de Tepotzotlán, hoy llamado Musco de la Colonia. El objeto de estas representaciones es el de organizar excursiones por medio de las agencias de viajes para llevar turistas norteamericanos que gastan kilómetros de rollos fotográficos, quedan extasiados y asombrados, sin comprenderlo, ante el arte churrigüesco y el buen gusto del mexicano artífice.